

## EL ARTE CLÁSICO.

### LECCION SETIMA

SEÑORES:

El espíritu humano, en todas sus grandes manifestaciones, en su realizacion en el tiempo, en cierto período de tiempo, es el inmenso objeto de nuestras conferencias. El espíritu humano es sensible, y vive en la naturaleza; es inteligente, y vive en la patria, en la familia, en el derecho; es racional, y vive en la ciencia, en la filosofía; es criatura de Dios, y vive en la religion; pero tambien, señores, tambien es artista. En todos nosotros, en todos absolutamente hay un sentido interior que solo se despierta al dulce reclamo del arte; en todos hay deseo de contemplar la hermosura, ora sea en la naturaleza, ora en la humanidad, ora en el arte: la hermosura, que es la divina armonía que enlaza nuestros pensamien-

tos, y en la cual descansa tranquilamente nuestra alma. Hay aquí, en nuestra mente, una facultad que dá un alma á todos los objetos, que tiene con sus reflejos los cuadros de la naturaleza, que se cierne entre las flores y vuela entre los astros, que penetra en misterios donde la razon no puede penetrar, que á manera de un ángel va señalándonos el camino de la vida y rompiendo sus abrojos, que en el seno de las más grandes miserias y en el fondo de los mayores tormentos idea mundos, armonías, venturas inefables; facultad que es la lira de nuestra vida, la lira misteriosa que Dios nos ha dado para nuestro consuelo; que es nuestro cántico, sí, el cántico divino del alma; facultad que deja en pos de sí obras más duraderas que los grandes imperios amasados con lágrimas y sangre; facultad que se llama imaginacion, fantasía, y es el gran poeta de nuestra alma, que deja en el espacio como una serie no interrumpida de manifestaciones de su misteriosa esencia las grandes, las maravillosas obras del arte. (Aplausos prolongados.)

Yo, señores, definiría el arte la creacion del hombre, así como la naturaleza es la creacion de Dios. Dios, al crear, como tenia en sí la plenitud del sér y la eterna idea de las formas, no hubo menester de la materia; el hombre para crear, como comparte su vida con la naturaleza, como no puede manifestarse sin la forma, como es con-

junto armonioso de alma y cuerpo, y si por el alma pertenece al cielo, por el cuerpo pertenece á la creacion, el hombre necesita que el mundo exterior le dé moldes para vaciar su inspiracion, y por eso el arte es la representacion sensible de la idea.

En ninguna esfera de la vida se muestra el hombre tan digno de ser estudiado como en la esfera del arte. La idea, que vaga indecisa por la mente á manera de alma sin cuerpo, merced á esta facultad sublime de imaginar y crear que hay en el hombre, se realiza en bellas formas y en brillantes encarnaciones. La actividad humana, actividad indefinida que tiene horizontes cuyo límite no alcanzamos, encuentra en el arte alimento. Por el arte entrevee el hombre lo infinito, y el dolor que siente al considerarse encerrado en el estrecho círculo de la materia, se alivia y se endulza. Como el hombre no es ni puede ser en la tierra espíritu puro; como tiende á lo real, se goza en el arte, que como su propio sér y como su propia ley, es la union de la idea con la forma, del espíritu con la naturaleza. Y do quier encuentra el hombre los claros reflejos de su esencia, do quier vé algo que le recuerde su alma y su naturaleza, allí se detiene extasiado, como extendiendo y multiplicando su vida. Huimos de lo desconcertado, de lo inarmónico; el mal nos repugna y subleva, no solo por ser contrario á las

leyes de nuestra vida y á las leyes de Dios, sino porque rompe el concierto y la armonía de nuestra conciencia, que solo encuentra armónico el bien. Como sér de armonía, como el gran reconciliador de la idea y de la forma, como el único punto de union entre la naturaleza y el espíritu, el hombre escucha extasiado todas las armonías, y no hay ni puede haber una armonía más dulce que el arte. Es verdad que en el hombre hay una lucha incansable; su alma pertenece á lo infinito, su cuerpo vive dentro de las leyes de la naturaleza. El alma abre sus alas y va á perderse en el cielo, y el cuerpo, como barro caído en esas alas, pugna por detenerle en la tierra. De aquí esa continua agonía en que vivimos, esa lucha entre nuestra razon, que nos recuerda lo divino de su origen y el cuerpo que quiere vivir aquí, en el seno de la materia. Mas la perfeccion, en cuanto cabe ser perfecto en la naturaleza humana, la perfeccion consiste en armonizar y concertar los dos elementos inarmónicos y desacordes. No podemos matar el cuerpo, no; porque el suicidio es un crimen. No podemos destruir, anonadar el espíritu, porque ese es un crimen aún más horroroso y punible. Debemos destruir, en cuanto sea dable, la oposicion entre el alma y el cuerpo, segun los avisos de la conciencia, recordando el espíritu que vive y habita en la tierra. Así la oposicion se resolverá en armonía, sin embrutecer el

alma ni quebrantar el cuerpo. Y nada puede resolver estas grandes oposiciones en la vida, con tantos y tan preclaros títulos como el arte. La facultad más eminente del hombre, la que le hace ser en sí, es la libertad. En la esfera de la vida material lucha el hombre con lo finito, con el límite; pero en esa otra esfera sublime del arte, su libertad no encuentra contradiccion, el pensamiento se cierne sin ligaduras, y el hombre se crea un mundo á su imágen y semejanza; mundo iluminado por la suave luz de nuestra conciencia. Sentir con rectitud, pensar con verdad é imaginar con libertad, querer bien y justamente, es la armonía de la vida; pero esa armonía tiene realizacion en la esfera del arte, que resuelve las contradicciones y liga los elementos contrarios en su unidad superior. Sobre la vida se levanta siempre un ideal, que es como la estrella Norte de la vida. Este ideal flota sobre todos los acontecimientos de la vida, sobre los hechos y séres de la naturaleza, sobre todo nuestro sér y todas nuestras ideas. Este ideal de justicia, de hermosura, este gran ideal humano, lejos de ser nuestro consuelo, seria nuestro mayor tormento si el arte no viniese hasta cierto punto á realizarlo en la tierra. La aspiracion á lo infinito, á lo eterno, que se explaya en todas las esferas de la vida, en todas, no encuentra, depues de la religion, un centro más verdadero y luminoso que el arte. Ya veis, señores, el

hombre en toda la vida humana, al través de grandes dolores y desgracias, martirizado y herido, el hombre va buscando la realización de ese ideal sublime en la tierra, y por acercarse á él, en cuanto le sea posible, va dejando pedazos de su corazón en su camino. ¡Y cuánto no hemos de considerar el arte, si pensamos que por él podemos llegar hasta entrever desde lejos el alba de la luz de la eterna vida; alba purísima, que inunda de suave gozo nuestra alma! Ya veis, señores, cuán agradecidos debemos estar á los artistas, á los poetas, que nos acercan con su genio á la realización del ideal humano en la tierra.

Señores: la humanidad nunca se engaña en sus grandes tendencias, nunca; y la humanidad ha convenido siempre en ceñir una aureola de eterna gloria, de gloria purísima é inefable á los artistas. Esos seres predestinados, que soñando con un ideal divino, llenos de energía; poseedores de una actividad infinita, entristecidos en este mundo como el ave del cielo prisionera en los hierros de su cárcel, sintiendo que una inspiración sobrenatural, un soplo vivificador se derrama por todo su sér y los transfigura y los exalta; esos seres predestinados que ora recogen ávidos de inmortalidad un poco de barro en la tierra y lo modelan bajo sus manos, y le inspiran la vida con su soplo, y crean una estatua, una idea viva, un nuevo sér más hermoso que los seres de la natu-

raleza; ora arrojan la luz, los colores, en las tablas, en los lienzos, y reproducen, animándolas con nueva vida, las obras de Dios; ora desgajan un árbol y de un tosco leño forman una lira, cuyas misteriosas vibraciones difundidas por los aires, acuerdan al hombre su divino origen, el ósculo de eterno amor que Dios imprimió en su alma al crearla; ora con la palabra consuelan todos nuestros dolores, despiertan el corazón á la esperanza y dan un cántico á nuestros labios; todos esos seres predestinados, que llevan en sus sienes la aureola divina del genio, ora se llamen Homero, Píndaro, Sófocles, Virgilio, Petrarca, Murillo, Calderon, Cervantes, serán siempre como ángeles que Dios envía para que nos sostengan con sus ideas en la vida, como luminosos faros que lucen siempre esplendorosamente entre las tinieblas de los tiempos, entre los vapores de sangre que exhalan las páginas de la historia, y que proyectando su luz en el Océano de la eternidad, nos recuerdan la grandeza de nuestro origen y la grandeza también de nuestro inmortal destino. (Prolongados aplausos.)

Señores, hay momentos en que lloramos nuestra pequeñez y nuestra miseria. Al ver lo breve de la vida, lo escaso de nuestras glorias, lo poco que nuestras fuerzas alcanzan, un dolor infinito nos acongoja. Mas, señores, bendigamos nuestra limitación, que por esa limitación poseemos la

ciencia; bendigamos nuestras contradicciones, que por esas contradicciones somos libres; bendigamos hasta la esclavitud en que hemos nacido, porque esa esclavitud nos hace guerrear y recabar nuestra personalidad; bendigamos también nuestras lágrimas, nuestros dolores, este deseo infinito de verdad, de hermosura, que nunca vemos satisfecho, pues por estas lágrimas, por estos dolores, por este deseo el hombre es artista, el hombre es un divino poeta. ¿Qué sería, señores, la sociedad sin el arte? Sería un hombre sin imaginación. En sus grandes dolores, en sus angustias, en sus luchas no hallaría consuelo. El canto, en el trabajo, en la guerra, parece que da nueva fuerza á nuestras fuerzas, nueva alma á nuestra alma. El labrador encorvado sobre la tierra, canta como el ave en la enramada; el industrial mezcla su voz al sonido de las máquinas; el marinero en el mar arrulla con sus cantares las olas y saluda á las brisas y á las estrellas y al buen tiempo; y todos los pueblos han enviado en cánticos sus oraciones, sus plegarias, sus dolores, sus almas á Dios. El canto, sí, el arte es indudablemente natural, muy natural en nuestro espíritu, es una de sus más grandes necesidades.

Y si el arte es necesario en el hombre considerado como individuo, ¿no ha de ser necesario en la sociedad? ¿Qué es la sociedad? La sociedad es un individuo superior, colectivo, verdadero, real,

que tiene su razón propia, su sentimiento, su derecho, su fantasía, su arte. Y así como el hombre en sus obras de arte deposita lo más subjetivo, lo más esencial, lo más íntimo y propio de su naturaleza, así también la sociedad en su literatura deja los pensamientos más hondos, más secretos, los tesoros más verdaderos de su vida. Si desapareciera Platon aún podríamos conocer á Grecia; pero no la podríamos conocer si desapareciera Homero.

La India, que había muerto á los ojos de las naciones modernas, se ha levantado con sus castas, sus dioses, su inmenso panteísmo, su vida patriarcal en los Vedas. El Dios de los hebreos, suspendido sobre los abismos, sosteniendo con una mano el sol, con otra la luna, coronado por la eterna luz, vivificando con su soplo inmortal todos los seres, habita y resplandece en la Biblia. Las pirámides de Egipto, sus obeliscos, señalan aun hoy á los pueblos el tránsito del mundo oriental y panteísta al mundo griego, al mundo del hombre. Un templo abierto á todos vientos, resplandeciente de hermosura, cortado en columnas, encerrando en su seno una estatua hermosísima que parece exhalar de sus labios un canto; estatua en cuyas aras quemaran esencias los sacerdotes y los coros de vírgenes coronadas de verbena, que al son de la cítara entonan los cánticos de sus poetas; un templo clásico guarda el poema de la vida de Grecia. La

catedral gótica, cuyas hermosas agujas se levantan á los aires y se matizan con los arreboles del cielo, cuyas campanas hablan á los fieles con sus lenguas de bronce, cuyo pavimento está compuesto de tumbas como para indicar al hombre que camina sobre el abismo de la muerte, cuyas ventanas ogivas rasgadas recogen la luz del cielo en sus vidrios de colores y la quiebran en varios matices para recordar al espíritu que en la eternidad está su patria; la catedral con sus columnas, que se levantan ligeras como los árboles, con sus arcos que concluyen y rematan en un punto, fiel y verdadera imágen de la unidad de Dios, con sus mil sepulcros de mármol; sepulcros gerárgicos, donde duermen el sueño de la eternidad los guerreros abrazados á sus espadas, los obispos abrazados á sus báculos y los reyes abrazados á sus cetros; con sus santos, sus esculturas, que representan los doctores leyendo la verdad absoluta en los libros de piedra; con las vírgenes, los ángeles, los mártires que se destacan del fondo de los cuadros y nadan en mística etérea atmósfera; la catedral, perfumada por el incienso, iluminada por sus mil lámparas que parecen estrellas errantes que han ido á beber su luz al santuario, animada por las notas del órgano que derraman una nueva vida en sus columnas, bendecida por el eco de los cánticos que todos los días repiten bajo sus bóvedas las generaciones, sin que por un instante se haya

interrumpido el culto; cánticos que parecen exhalados por los labios de sus estatuas; adornada con los atributos de la naturaleza, las palmas, los arroyos, los mirtos, las azucenas, que los artistas han esculpido en sus piedras como tornándolas ligero encaje; la catedral gótica, llena de todas estas maravillas, simbolizará eternamente la vida del espíritu cristiano en la Edad media. (Generales aplausos.)

Y no creais, señores, que la arquitectura solamente tiene esta virtud de representar las ideas: la tienen todas las artes. Los libros de caballería son la protesta contra el feudalismo, y Cervantes la gran estatua que corona el renacimiento, y el Dante el inmenso panteon del pensamiento del siglo XIII, y Calderon la imágen más fiel de la sociedad española en el siglo XVII, y Voltaire el representante de la de la duda del siglo XVIII, Goethe el panteísmo alemán en su más alta expresión, y Byron la imágen, el reflejo de este siglo, que parece reirse de todo y muere mártir de su fé por la emancipación del hombre esclavizado y la libertad de los pueblos oprimidos. Si el arte, pues, refleja la sociedad, axioma literario ya, y en el cual es inútil insistir, para estudiar la civilización no podemos, no debemos prescindir del arte. El mismo camino que sigue el pensamiento en la sociedad, que pasa de la sensibilidad á la inteligencia, de la inteligencia á la razón; el mismo

camino que recorre el pensamiento en filosofía, que pasa de la naturaleza á la conciencia humana, y de la conciencia humana á Dios; el mismo sigue en el arte, que pasa de la naturaleza del mundo exterior en Oriente al hombre en Grecia, y del hombre á Dios en el Cristianismo. Por tanto la primera forma del arte es la forma simbólica, la forma oriental. Esta reconoce varios grados, que debemos tener muy en cuenta para la historia del arte. En las primitivas religiones, en las primitivas sociedades, el hombre no se distingue de la naturaleza, se distingue de Dios. El hombre se cree uno de los infinitos seres que se mueven y agitan en la vida universal, el inferior entre todos ellos, porque á todos los exalta y los adora, y solo borra su propia imágen, su propio espíritu, su pensamiento, su alma en la creacion. En esta época en que el hombre cree que lo sensible es lo absoluto, no puede existir el arte. El canto del hombre no puede ser tan armonioso como el rumor de los mares, como el susurro de los bosques, ni su idea tan clara y luminosa como el cielo rociado por la noche de estrellas, ceñido de día por los resplandores del sol. El hombre no se atreve á producir nada, maravillado como está y embebecido en el arrobamiento que le causa el espectáculo de la naturaleza, como el niño no piensa y vive embebecido, contemplando la dulce sonrisa de su madre.

Mas así como vimos que un dia sintió en la ciencia el hombre la oposicion entre el mundo exterior y el mundo interior, así en el arte sintió otra dia la necesidad de expresar sus ideas, de hablar por medio de sus obras. Mas en su inexperiencia el hombre creia que formando lo infinitamente grande, formaba lo infinitamente hermoso, y reuniendo piedra sobre piedra, llegó á formar esos edificios informes, que se levantan aun en el desierto, que han sobrevivido á las edades, y que son verdaderas montañas. Este arte, este primer símbolo tosco y grosero, es la obra del sentimiento, que falto de unidad y de ley y de armonía, como le sucede siempre al sentimiento de esa unidad, de esa ley, de esa armonía que solo puede dar la razon, cree que aglomerando masas informes, masas sobrepuestas, montañas sobre montañas, llegará á expresar lo grande, lo inmenso; prueba cierta de que desconoce que la verdadera grandeza está en la unidad que resulta de la armonía, y que la verdadera armonía está en el espíritu. Esto hacia creer á los pueblos incapacitados para separar la idea de las formas, el pensamiento y el hecho, el espíritu y la imágen, que el símbolo era el mismo Dios, que el arte era la misma religion. Así sus poemas son sus libros religiosos. Mas como el espíritu humano es activo, y progresa incansablemente, como el espíritu humano crece con arreglo á leyes inquebrantables;

en aquellas masas informes, en aquellos templos colosales y monstruosos, comenzó á caer poco á poco, cual la lluvia del cielo sobre el árbol, la vida regeneradora de la idea. Entonces comenzaron los templos á tener formas armónicas, á desarrollarse bajo líneas bien ideadas, á ofrecer columnas, si bien inmensas é informes, á levantarse en forma de pirámides, y en Egipto, en esa tierra que es como el eslabon que une el Oriente con el mundo clásico, se despiertan las esfinges, cuyos cuerpos semejantes á los animales, concluian con una hermosísima cabeza humana, como en señal de que el hombre se levantaba en arte como en religion, como en filosofía y en derecho, del seno de la naturaleza, á la concepcion sublime de su idea y de su propio espíritu. Y al mismo tiempo que esto sucedia en Egipto, donde nacia los obeliscos como un boceto de la columna griega, las esfinges y lamas, como un ensayo de escultura, los grandes colosos cortados en las rocas, como una aspiracion de la naturaleza á transformarse en la conciencia humana, mientras esto sucedia en Egipto, en la Frigia y otros países inclinados ya hácia Grecia, hácia la patria del hombre, se desarrollaba el apólogo, que contenia grandes enseñanzas morales en el capullo de los hechos y de los fenómenos de la naturaleza. Así, señores, el arte oriental admitiendo lo forma humana y admitiendo un ideal distinto de la naturaleza, se des-

componia, debiendo abrir paso á un nuevo arte. Entonces nace coronada de mirtos y laureles, en un mar risueño, bajo esplendoroso cielo, como Vénus, radiante de inspiracion y de alegría, la musa del mundo antiguo, la escultora del hombre, la sibila de la historia antigua, Grecia. La Grecia me entusiasma y me alegra; no sólo por aquellos templos armoniosos como la idea humana, no sólo por aquellas esculturas que hermoseau al hombre y ante las cuales se postran aún admirados los siglos; no sólo por aquellos cánticos y aquellos ritmos, y aquellas endechas que no tienen igual en ninguna lengua humana; no sólo por el pensamiento que animó á sus filósofos, y la inspiracion que inundó de luz toda su vida; no sólo por haberse levantado y haber vencido á los déspotas, y haber hecho huir despavoridos en su presencia los esclavos que deseaban forjar nuevas cadenas; no por todo esto me entusiasma la Grecia: para mí, amante de la libertad en todas sus manifestaciones, en todas sus consecuencias, Grecia es tan hermosa, tan inspirada, tan artista y tan grande, porque Dios la destinaba á ser en el mundo la primera revelacion de la idea de la personalidad humana, de la idea del derecho, de la idea de libertad, si bien su revelacion fué imperfecta; idea de derecho, idea de libertad que vivificada despues por el espíritu divino del Cristianismo, se asentó en el trono del mundo, en el Capitolio,



domeñó á los bárbaros, cruzó sobre los castillos feudales destrozándolos con sus libres municipios, ató á su carro como siervos á los reyes de derecho divino, que creían haberla destronado, produjo con su aliento las tempestades de las revoluciones modernas, y despues las serenó como blandas auras para que impulsaran á la tierra suavemente en su carrera triunfal hácia el progreso, y levantada hoy como sobre sus trofeos, sobre la imprenta y la tribuna libres, llama á todos los oprimidos para repartirles el pan de la inteligencia, el pan del alma, el derecho, y amenaza á todas las grandes injusticias; porque ese principio de libertad que vá creciendo á medida que crecen los siglos y que progresa el hombre, es la idea madre de toda la civilizacion, el espíritu inmortal de toda nuestra historia. (Estrepitosos aplausos.)

En el arte oriental debia predominar la forma al fondo. En el arte clásico debian unirse y enlazarse amorosamente la idea y su manifestacion, el espíritu y su forma. La idea al emanciparse de la naturaleza en Grecia, no debia tener magnitud bastante á sobrepujar la naturaleza. El espíritu se toma por objeto á sí mismo en el arte clásico; encarna sus pensamientos, sus ideas en bellísimas formas. El espíritu comprende que sobre la multiplicidad infinita de los fenómenos está su unidad, y sobre el movimiento que arrastra en su cauce todos los séres, movimiento fatal, su libre

personalidad. El individuo vivia en Grecia en un medio social bastante á desarrollar su inspiracion y el arte. Habia místicas armonías allí entre el Estado y el individuo, entre la ley y las costumbres. El Estado descendia hasta ser un individuo, como el individuo ascendia á ser como el Estado; y la forma se idealizaba hasta convertirse en idea, y la idea se materializaba hasta ser completamente plástica. Así el arte clásico tendrá una serenidad de que absolutamente carecen todos los demás géneros de arte; su vida concertará todas las armonías, su forma será la hermosura en toda su pristina pureza, la hermosura con toda su realidad, la hermosura verdaderamente fundada en la armonía sin que el espíritu eclipse á la forma ni la forma sotierre al espíritu. Por eso el verdadero arte es el arte clásico; la verdadera patria del arte es Grecia. Todos los demás artes ó admiten en tal grado la materia, la forma, que apagan la idea, ó levantan á tal y tan grande altura la idea, que para más exaltarla menosprecian la forma; pero el arte griego une estos dos elementos con tal felicidad, que bien puede asegurarse que difícilmente es dado alcanzar mejor el fin supremo artístico de conciliar las contradicciones humanas y resolverlas en suaves armonías. El arte clásico nos interesa porque es muy humano. El hombre es su tipo ideal y el hombre es su fin. No abandona ni un instante de su vida este norte fijo de toda

su historia; y como el hombre do quier se encuentra á sí mismo se detiene extasiado por ese amor que profesa á su propia naturaleza; el arte clásico nos interesa aún con vivísimo interés, á pesar de haber pasado sobre él como un torrente, tan larga série de siglos. Comprended, señores, que no habiendo llegado el espíritu humano á madurez en Oriente, allí el arte no podia tener verdadera vida. En el Cristianismo, al revés, la idea está ya tan alta, el pensamiento se eleva tanto, lo infinito está de tal suerte presente á los ojos del artista, que le es difícil, si no imposible, encontrar expresión adecuada á su pensamiento. Mas no así en Grecia, no así en esta nacion, término medio en el gran desarrollo dialéctico de la humanidad. El espíritu griego no duerme el pesado sueño del sentido en el seno de la naturaleza como el espíritu oriental, y por eso puede llegar á más altas concepciones; pero tampoco habita en lo eterno, en lo infinito, como el espíritu cristiano, y por eso puede enlazar y concertar mejor el pensamiento con la manifestacion plástica, la idea con su forma sensible. Es verdad que la obra clásica no puede tener la unidad que tienen las obras de la naturaleza; es verdad que necesita de muchas combinaciones artificiales para llegar á su dichosa armonía, es cierto; mas en esta obra de arte el hombre muestra todo su poder, muestra como su voluntad y su pensamiento se penetran y llegan á

producir una gran creacion, que parece, despues de concluida, espontánea, hija de una actividad que ni ha encontrado escollos ni ha vencido obstáculos. Y como esta tendencia al individualismo y á la libertad, en cuanto cabia tenerla dentro del antiguo absorbente socialismo, presentaba las ideas concretas ya y determinadas, nada más fácil al artista griego, al artista clásico, que encerrar en las formas humanas como en su verdadera forma la idea, la esencia misteriosa del espíritu. La libertad, que es el verdadero númen del artista, la libertad es patrimonio del espíritu antiguo; puede escoger la forma que le plazca, puede mirar la naturaleza animada ó inanimada, puede adornar su obra con todos los dogmas religiosos, puede trastornar esos dogmas, puede hacer bajar hasta su frente los dioses, puede subir al Olimpo, puede crear nuevos dioses, como soles que lo reflejan; lo puede todo, y como todo lo puede, su inspiracion es verdaderamente inagotable. La forma simbólica es el principio del arte; la forma clásica es la perfeccion humana en el arte. El gran progreso del mundo clásico sobre el mundo antiguo consiste en haber admitido en su seno una idea de libertad que no habia cruzado nunca por el Oriente. Así, muerta y rota la forma antigua, sí, la antigua inmovilidad, la forma verdadera del arte no es la simple organizacion del cuerpo, no es la pura vida animal, es la armonía del cuer-